

2. COMUNICACIONES

«EL ESPÍRITU Y LA NOVIA DICEN: VEN» (Ap 22,17)

GONZALO ARANDA

En un simposio que lleva como título general «El Espíritu Santo y la Iglesia» nos parece casi obligado presentar una reflexión sobre el texto del Nuevo Testamento que contiene prácticamente la misma expresión: «El Espíritu y la Novia dicen: Ven» (Ap 22,17). En efecto, ahí el Espíritu ha de entenderse como el Espíritu Santo¹, y la Novia como la Iglesia². Podemos por tanto traducir: «el Espíritu Santo y la Iglesia dicen: Ven».

Según este texto el Espíritu Santo y la Iglesia funden sus voces en la petición de la venida del Señor, manteniendo al mismo tiempo cada uno, el Espíritu y la Iglesia, su propia identidad. Quizá ninguna otra expresión del Nuevo Testamento indica con más fuerza la unidad de la acción conjunta del Espíritu y de la Iglesia, pues ese hablar común supone que la oración de la Iglesia se realiza al unísono con la oración

1. Aunque la denominación *to pneuma agion* no aparece en Ap, podemos decir que es equivalente a *to pneuma* por el uso que se hace de esta última en las cartas a las iglesias de los caps. 2-3 (cf. 2,7.11, etc.). Ahí el Espíritu es la voz de Cristo que llega a las iglesias mediante las cartas de Juan. En esas cartas subyace una comprensión del Espíritu similar a la expresada en Jn 16,13-15 sobre el «Espíritu de la verdad» del que Cristo dice «Tomará de lo mío y os lo comunicará». En Jn 20,22 el Espíritu es llamado «Espíritu Santo», y así puede entenderse también en Ap. En este sentido en Ap se identifican en cierto modo Cristo y el Espíritu, pero al mismo tiempo existe una distinción entre ambos como la que existe entre quien actúa y la fuerza o la voz del que actúa (cf. E. SCHWEITZER, *Pneuma. Pneumatikos*, en G. KITTEL-G. FRIEDRICH (eds.), *Grande Lesico del Nuovo Testamento*, X. 972-1115). La denominación *to pneuma* sin más, es más amplia que la de «Espíritu Santo, o Espíritu de Santidad», que la de «Espíritu de la Verdad» (Jn 16,13) y que la de «Espíritu de Profecía» (Ap 19,10), y acentúa el carácter personal del Espíritu.

2. Que el término *nymphé* significa aquí a la Iglesia parece evidente, pues así lo requiere tanto el contexto literario inmediato en el que se habla de la ciudad bajada del cielo como una *nymphé* (cf. 21,3), como el empleo de la imagen de esposa aplicada a la Iglesia en su relación con Cristo en otros escritos del Nuevo Testamento producidos en la misma área geográfica, como Ef 5,21. cf. sobre esa imagen de la Iglesia, G. ARANDA PÉREZ, *La Iglesia-Esposa, figura sacramental de la Iglesia*, en P. RODRÍGUEZ (ed.), *Sacramentalidad de la Iglesia y Sacramentos. IV Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, 14-16 de abril de 1982*, EUNSA, Pamplona 1983, pp. 163-180.

del Espíritu, y que al Espíritu se le escucha en la voz de la Iglesia. Tal unión entre el Espíritu y la Iglesia viene precedida y apoyada, a lo largo del libro del Ap, por la función que el Espíritu realiza cara a la Iglesia y cara a Cristo, así como por la situación en que se encuentra la Iglesia, y por el nuevo estado que anhela.

Esa petición del Espíritu y de la Iglesia tiene como contexto literario el final del libro del Apocalipsis. Pertenecé al epílogo del libro que, según algunos, comenzaría en 22,6, y, según otros, en 22,16. En cualquier caso, dicha petición es punto culminante del escrito, ya que manifiesta el efecto que quiere producir la obra en quien la lee o escucha, y va seguida de la respuesta de Cristo anunciando su pronta venida en 22,20. La forma literaria del pasaje en el que está incluida tal petición ha sido objeto de múltiples análisis, ya que si algo distingue esta perícopa es su falta de claridad redaccional. Los sujetos parlantes son diversos —el ángel, Juan, Jesús, el Espíritu y la Novia, los que escuchan...— y sus locuciones son introducidas sin previo aviso, hasta el punto de hacer imposible precisar lo que formalmente corresponde a un locutor u a otro.

Esta complejidad se aclara en cierto modo entendiendo que tal epílogo tiene la forma de un diálogo litúrgico, en el que intervienen distintos personajes que participan en una asamblea cultural³. Aún aceptando estas hipótesis sobre la composición del epílogo del Apocalipsis, la evidencia primera es que se trata de un texto en el que el autor relata cómo hablan y qué dicen distintos sujetos, y se dirige a unos lectores, u oyentes de la lectura, invitándoles a identificarse con la petición realizada por el Espíritu y la Novia (22,17), y a mantener íntegras las palabras del libro (22,19). Desde el momento que el libro es reconocido como sagrado y canónico por la Iglesia, su contenido, y en especial sus invitaciones finales, se dirigen no sólo a los lectores inmediatos, sino también a la Iglesia entera a lo largo de toda su historia.

Mi propósito en esta comunicación no es analizar el proceso que haya seguido la redacción de ese epílogo, sino mostrar las implicaciones que en el conjunto del libro del Apocalipsis, e incluso de la revelación neotestamentaria, tiene la afirmación expresada en 22,17 de que el Espíritu Santo y la Iglesia oran conjuntamente pidiendo la venida del Señor. Para ello me fijaré primero en cómo es presentado a lo largo del libro el Espíritu *que habla a la Iglesia*, y después expondré cómo se

3. Según F. Contreras Molina por ej., en el texto quedaría recogida la intervención de cada uno de ellos (F. CONTRERAS MOLINA, *El Espíritu en el libro del apocalipsis*, Salamanca 1987, 152-153). Según U. Vanni se trataría sencillamente de un lector que mediante modulaciones de voz distinguiría unos personajes de otros, y de un grupo que escucha e interviene (cf. U. VANNI, *Liturgical dialogue as a literary form in the book of Revelation*, en «New Testament Studies» 37 [1991] 348-372).

ha de entender, a mi juicio, en el contexto del Apocalipsis, que la Iglesia *habla junto con* el Espíritu dirigiéndose a Cristo.

Quizá sea conveniente adelantar ya en cierto modo la conclusión: Ap 22,17, por un lado, recoge la afirmación, presente a lo largo de todo el libro, de que la Iglesia que camina en medio de las contrariedades del mundo y los consuelos de Dios toma conciencia más viva de su índole escatológica al escuchar al Espíritu Santo, que hace presente en ella la palabra de Jesús a través del apóstol Juan; y, por otro lado, Ap 22,17 refleja que esta misma Iglesia, al pedir la venida del Señor, se une a la Iglesia del cielo, que clama por lo mismo, animada y guiada por el Espíritu. La renovada conciencia de la Iglesia sobre esta condición escatológica que le es propia, y su unión con la Iglesia celeste ha quedado expresada en el Cap. VII de la Const. *Lumen Gentium*; aunque no deja de ser curioso que en todo ese capítulo no se cite expresamente este texto de Apocalipsis⁴.

En el libro del Apocalipsis el Espíritu Santo es presentado con unas connotaciones peculiares, e incluso novedosas, respecto al resto del Nuevo Testamento. Esta novedad, digámoslo ya, reside, entre otras cosas, en que en Apocalipsis se dice que el Espíritu habla directamente *a la Iglesia*, —no sólo a individuos particulares o grupos concretos de individuos— y además, en que habla *juntamente con la Iglesia* dirigiéndose a Cristo.

I. EL ESPÍRITU QUE HABLA A LA IGLESIA

1. *En el Nuevo Testamento*

En el Nuevo Testamento encontramos en numerosas ocasiones y expuesta de distintas maneras la afirmación de que el Espíritu Santo

4. Sí se cita en cambio en el n. 4 del cap. I de la misma Constitución, al exponer el «Misterio de la Iglesia», poniendo de manifiesto que el Espíritu «... conduce a la Iglesia a la unión consumada con su Esposo. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: "¡Ven!" (cf. Ap., 22,17)» (L.G. 4). La Constitución conciliar no se detiene en explicar cómo y en qué circunstancias se realiza esa «conducción del Espíritu a la Iglesia». En *Gaudium et Spes* se recoge la orientación escatológica individual que subyace en un pasaje del Apocalipsis próximo al que aquí estudiamos, cuando se cita expresamente Ap 22,12-13: «He aquí que dice el Señor: Vengo presto, y conmigo mi recompensa, para dar a cada uno según sus obras. Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin». Estas palabras se traen a colación como prueba de que «vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana» (*Gaudium et Spes*, 45). Es con todo en la misma *Lumen Gentium* donde encontramos la expresión más abarcante que recoge la esperanza transmitida en Ap 22, 17, al afirmar que «la restauración prometida que esperamos ya comenzó en Cristo, es impulsada con la venida del Espíritu Santo y continúa en la Iglesia, en la cual por la fe somos instruidos también acerca del sentido de nuestra vida temporal...» (L.G. 48).

habla, apareciendo como sujeto de verbos de dicción. Así, recogiendo la tradición veterotestamentaria sobre la acción inspiradora del Espíritu de Dios en los profetas, también en el Nuevo Testamento se descubre la voz del Espíritu en la de las personas que hablan movidas por él⁵. Sobre todo en los escritos de Lucas⁶.

Especial interés, por tratarse de un grupo cualificado que habla bajo la guía e iluminación del Espíritu Santo, tiene el testimonio de Hch 15, 28 donde los apóstoles manifiestan que es decisión del Espíritu Santo y de ellos la orientación normativa que dan a la Iglesia. Este testimonio guarda cierta similitud con la función del Espíritu respecto a la Iglesia que aparece en el Apocalipsis. Lo mismo sucede cuando se recuerda la promesa de Jesús de que será el Espíritu de vuestro Padre (o el Espíritu Santo) el que hablará en los discípulos cuando den testimonio de El ante los tribunales (cf. Mt 10,20 y en el paralelo Mc 13,11; en Lc 12,12: «el Espíritu Santo os enseñará»).

Pero en todos estos casos el sentido que subyace en la comprensión del Espíritu Santo es el mismo que encontramos en el judaísmo de época postexílica respecto al Espíritu de profecía, con la diferencia de que ahora se ven cumplidos los tiempos mesiánicos en los que el Espíritu Santo se dará a todo el pueblo de Dios, y por ello se manifiesta con tanta abundancia (cf. Joel 3,1-2). Se trata de inspiraciones interiores que los hombres reciben de Dios y que se atribuyen a la acción del Espíritu Santo.

En el Evangelio de San Juan, la acción comunicadora del Espíritu adquiere una notable novedad: se sitúa en el ámbito del conocimiento y de la locución, pero se pone en estrecha relación con la Persona y la palabra de Jesús. El Espíritu no habla por su cuenta, sino en unión

5. Esta convicción de que es el Espíritu de Dios o el Espíritu Santo el que habla por medio de los profetas comienza a afianzarse en y después de destierro (s. VI), cuando ya quedan lejanas las actuaciones de los profetas extáticos que actuaban movidos por el *ruaj Elohim*. El que habla a través de los profetas es el *ruaj Adonai* (cf. por ej. Is 61,1: «El Espíritu del Señor está sobre mí por cuanto me ha ungido para anunciar la salvación...») o el *ruaj qados* al que se contrasta al no escuchar al profeta (cf. Is 63, 10.11, donde por vez primera aparece la expresión «Espíritu Santo»; cf. R. ALBERTZ-C. WESTERMANN, *ruaj. Espíritu*, en E. JENNI-C. WESTERMANN [eds.], *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento* II, Ediciones Cristiandad, Madrid 1985, 914-947).

6. Así Jesús mismo «se llenó de alegría en el Espíritu Santo y dijo...» (Lc 10,21); Isabel y Zacarías (cf. Lc 1,41; 1,67); Pedro (cf. Hch 4,8); Esteban (cf. Hch 7,55); etc. Otras veces se dice que el Espíritu Santo mismo habla directamente a las personas: a Felipe para que se acerque al carro del ministro de la reina de Cándace (cf. Hch 8,29), a Pedro en Jope cuando reflexiona sobre la visión que ha tenido (Hch 11,12), a Pablo para volverse a Asia (cf. Hch 19,1 según el texto occidental), o a algún miembro de la comunidad en la celebración litúrgica, como, por ej., para la elección de Pablo y Bernabé en orden a la misión (cf. Hch 13,2); etc. También se dice con frecuencia en el Nuevo Testamento que el Espíritu habla en y por medio de las Escrituras: por ej. «por boca de David» (Hch 1,16; 4,25; cf. Heb 3,7).

con el Padre y con el Hijo encarnado. El Espíritu es el Espíritu del Padre enviado en nombre de Cristo glorificado tras su paso por este mundo. La voz de Cristo resuena en la historia como voz del Espíritu que habla a través de los discípulos, dándoles una comprensión profunda (*'ypomimnéskein*) de lo que Jesús había dicho y hecho, y llevándoles así a la verdad completa. (cf. Jn 14,17.26; 15,26; 16,13). Con todo, hay que señalar que en el IV Evangelio la atención recae en los discípulos que recibirán el Espíritu de la Verdad, o el Espíritu Santo, tras la glorificación de Cristo (cf. Jn 22,22).

2. En el libro del Apocalipsis

El autor del Apocalipsis se sitúa ciertamente en esa perspectiva joánica de comprensión del Espíritu, si bien con la peculiaridad de que, para él, esa acción locutiva del Espíritu se dirige siempre a la Iglesia⁷. No se trata ya tanto de que el Espíritu Santo hable a la asamblea litúrgicamente reunida para indicarles la misión de Bernabé y Pablo (cf. Hch 13,2), o a la misma asamblea mediante el profeta Agabo para desvelar el futuro que espera a Pablo (cf. Hch 21,11), o a todos los discípulos recordándoles interiormente la verdad sobre Cristo (Jn 14,26). En Apocalipsis el Espíritu habla a la Iglesia en su conjunto, tal como aparece ya al comienzo del libro, en el simbolismo del número de las siete Iglesias (1,4; 2-3). Si atendemos a la expresión «las iglesias» (en plural) a las que habla el Espíritu al final de cada una de las siete cartas, aunque éstas vayan dirigidas a otras tantas iglesias particulares, queda claro el ámbito eclesial universal como destinatario de lo que a cada una, y en el conjunto del libro, dice el Espíritu⁸.

Pero si bien es el Espíritu el que ciertamente habla a las iglesias a través de las cartas, como lo expresa abiertamente el autor, el contenido de éstas no es otro que el que Cristo glorioso manda escribir al apóstol, bien porque el mismo Cristo se lo ha revelado (1,1.4), o por-

7. Cf. E. SCHWEITZER, *Pneuma. Pneumatikós*, 1092ss. Puede verse la obra de F. CONTRERAS MOLINA, *El Espíritu en el libro del Apocalipsis*, Salamanca 1987, donde a través de los diferentes capítulos del libro aparecen explicitadas las acciones del Espíritu Santo respecto a la Iglesia.

8. Es posible que la frase «El que tenga oídos que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias» sea una adición posterior a las mismas cartas, como ya afirmara R.H. Charles (cf. R.H. CHARLES, *The Revelation of S. John. A Critical and Exegetical Commentary* II, Edinburgh 1920, 45). Hoy se considera por muchos estudiosos que se trata de una adición debida al uso litúrgico y que tiene carácter sapiencial, cf. U. VANNI, *L'Apocalisse. (Ermeneutica, esegesi, teologia)*, Bologna 1988, 65. Sea como fuere no cambia el sentido del texto recibido del Apocalipsis, aunque ciertamente estas hipótesis hacen más comprensible su formación y estructura actuales.

que se lo ha hecho contemplar (cf. 1,19), o porque se lo dice como al «dictado» (cf. 2,1.8.12.18; 3,1.7.14), o porque, sencillamente, le manda escribirlo (14,13)⁹. En todos los casos, lo que dice el Espíritu coincide con lo que el apóstol escribe por orden de Cristo¹⁰. De esta forma el Apocalipsis se presenta como un libro profético (cf. 22,18s), mediante el cual se cumple la acción del Espíritu prometida por Jesús: «El Espíritu de la verdad no hablará por su cuenta, sino que hablará de lo que ha oído y os anunciará lo que ha de venir...» (Jn 16,13)¹¹. Si entendemos las palabras de 1,19 («lo que es y lo que va a suceder más tarde»), referidas no sólo al contenido de las siete cartas, sino al de todo el libro, se confirma esa impresión.

El Espíritu que habla a la Iglesia comunicándole a través del apóstol la Palabra de Cristo glorioso, es, de hecho, denominado *pneuma tes prophetheias*: «El testimonio de Jesús es el Espíritu de profecía» (19,10). Incluso la expresión «llevado en espíritu (*en pneumati*)» que aparece con cierta frecuencia y en momentos claves a lo largo del libro (cf. 1,10; 4,2; 17,3; 21,10) está indicando, más que éxtasis o arrebatos celestes, la condición de profeta que el autor considera poseer¹². El autor del Apocalipsis escribe con la conciencia clara de ser profeta de Jesucristo, utiliza el medio epistolar para comunicar su mensaje —tal como lo requiere su situación de destierro (cf. 1,9)—, y recurre a los procedimientos de la literatura de su tiempo conocida con el nombre de «apocalíptica»¹³.

El carácter profético del Apocalipsis incluye dos dimensiones íntimamente relacionadas, y ambas propias de la profecía en general. Una, realizar a la luz del juicio de Dios una valoración de la historia y

9. Se trata en definitiva de diversos recursos propios de la literatura apocalíptica para expresar la convicción de que aquello que se dice o se escribe procede de Dios, o, en el caso de la apocalíptica cristiana y en concreto del Apocalipsis de San Juan, que procede de Cristo, pues a través de Él, Dios comunica todo el misterio que quiere dar a conocer al hombre.

10. Hasta tal punto se identifica lo que dice el Señor y lo que dice el Espíritu que la adición al final de las cartas sobre oír lo que dice el Espíritu no es uniforme: en las tres primeras la promesa pertenece redaccionalmente a lo que dice el Espíritu, en las cuatro últimas a lo que dice Cristo. Para el redactor final de Apocalipsis no debía existir gran diferencia entre ambas formas de presentar la promesa. Que la invitación a escuchar al Espíritu pertenezca redaccionalmente a lo que dice Cristo —tal como propone U. Vanni (cf. U. VANNI, *L'Apocalisse. [Ermeneutica, esegesi, teologia]*, Bologna 1988, 163)— o sea atribuible al redactor de la obra —lo que parece más probable— no cambia las cosas.

11. Cf. sobre esta relación con el Evangelio de Juan, F. SARACINO, *Quello che lo Spirito dice (Apc 2,7, etc.)*, en «Rivista Biblica Italiana» 29 (1981) 3-31.

12. Cf. R.L. JESKE, *Spirit and Community*, en «New Testament Studies» 31 (1985) 452-466.

13. De la misma forma había obrado san Pablo al encontrarse lejos de las comunidades. Por otra parte el procedimiento epistolar no es extraño en la literatura apocalíptica de la época, cuyo género es el utilizado por el autor del Apocalipsis.

de los acontecimientos que la entretienen¹⁴. En la profecía cristiana esto se realiza a la luz de Cristo y su Palabra. En este sentido en el Apocalipsis encontramos puesta al descubierto la situación en la que se encuentran las diversas iglesias, y denunciadas sus infidelidades. Es lo que el Espíritu dice a las iglesias (cf. caps. 2-3). En este mismo sentido el Espíritu hace descubrir la verdad profunda de las realidades sociales y políticas, y por eso el autor del Apocalipsis puede afirmar en el Espíritu —*pneumatikós*— que Roma es igual a Egipto y a Sodoma, con toda la carga simbólica de estas comparaciones (cf. 11,8). La otra dimensión propia de la profecía es el anuncio del futuro juicio de Dios, y, en la profecía cristiana, del juicio de Cristo que está para manifestarse. En este sentido el Espíritu dice a las iglesias lo que va a sucederles (cf. caps. 2-3), proclama el descanso destinado a los que mueren en el Señor (14,13), y, en el conjunto del libro, presenta el triunfo escatológico de Cristo al final de la historia, a pesar de los poderes adversos que surgen contra Él y su Iglesia.

En el libro del Apocalipsis predomina ciertamente la presentación de la acción del Espíritu Santo como Espíritu de profecía, en cuanto que habla a la Iglesia comunicándole la palabra de Cristo glorioso a través de su apóstol Juan. Este acento profético tan marcado está al parecer en contraposición a tendencias que, en ausencia del apóstol, se presentaban también como profecía y pretendían transmitir ciertos conocimientos ocultos, calificados en 2,23 como «secretos de Satanás»¹⁵. Frente a ello, el autor del Apocalipsis envía a las iglesias su profecía que proviene de Cristo, enjuicia el presente y anuncia el futuro. Pone el énfasis en la dimensión escatológica del individuo, de la historia humana y de la Iglesia.

Pero la presentación del Espíritu que ofrece el Apocalipsis no se agota en ese aspecto profético, aunque sea sin duda el más resaltado y el más unido a la designación del Espíritu Santo como *to Pneuma*. En cuatro ocasiones son mencionados «los siete espíritus de Dios»: dos veces diciendo que están presentes delante del trono de Dios (cf. 1,4; 4,5); y otras dos como pertenecientes a Cristo (3,1; 5,6). Existe discu-

14. Así se ve ya en las actuaciones y oráculos de los profetas del Antiguo Testamento, y por ese motivo incluso los «libros históricos» del mismo A.T. son llamados en la tradición judía «profetas anteriores».

15. Dado el carácter esotérico de aquellas doctrinas, y del desprecio que parecen mostrar hacia las normas de conducta cristiana sostenidas por el autor del Apocalipsis, se puede pensar que se trataba de actitudes inclinadas a la gnosis (cf. G. MARCATO, *Le Chiese dell'Apocalisse: storia e teologia*, Romae 1991, 152-153). De hecho así lo interpretarán más tarde los Santos Padres hablando de la secta de los nicolaítas (cf. IRENEO, *Adv. Haer.* 1.26.3; CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Strom.* 3.52-53; EUSEBIO DE CESAREA, *Hist. Eccl.* III, 19,1-4). Cf. también G. ARANDA PÉREZ, *Corrientes gnósticas en el mundo mediterráneo*, en A. BORRELL-A. DE LA FUENTE-A. PUIG (eds.), *La Biblia y el Mediterráneo*, Barcelona 1997, 227-246.

sión entre los autores sobre el significado de esos «siete espíritus» que algunos identifican como «ángeles», otros como los siete dones del Espíritu, otros como la plenitud del Espíritu, o una de las personas trinitarias¹⁶. En cualquier caso, en el texto actual de Apocalipsis no hay duda de que *to Pneuma* mantiene alguna relación con «los siete espíritus», quizá la de ser «el Espíritu» por excelencia, el Espíritu de profecía y testimonio de Jesucristo. Pero la representación de «los siete espíritus de Dios» implica una concepción más amplia del Espíritu: la del Espíritu a través del cual se realizan todas las obras de Dios y de Cristo. Una de estas obras, diferenciada de la profecía, está apuntada en 11,11 donde se habla de la resurrección de los dos testigos porque «un Espíritu de vida procedente de Dios» entró en ellos¹⁷. Conviene tener en cuenta estos datos para comprender la frase de 22,17 «El Espíritu y la Iglesia dicen: Ven».

II. LA IGLESIA QUE HABLA JUNTO CON EL ESPÍRITU

1. *La Iglesia-«Nymphé»*

Hasta ahora hemos visto cómo el Espíritu habla a la Iglesia, y cómo ésta escucha la voz del Espíritu a través del escrito del apóstol, presentado como profecía. Ahora, en 22,17, la perspectiva es distinta: son el Espíritu y la Iglesia quienes hablan conjuntamente pidiendo la venida del Señor.

La Iglesia a la que a lo largo del libro ha hablado el Espíritu, está representada en las siete iglesias de los cap. 2-3, y, también, en los destinatarios del libro: «el que lea y escuche las palabras de esta profecía y guarde

16. Sobre el estado de la cuestión, cf. F. CONTRERAS MOLINA, *El Espíritu en el libro del apocalipsis*, Salamanca 1987, 17-56. F. Contreras quiere probar que se trata de la plenitud del Espíritu, de una de las tres Personas divinas, el Espíritu Santo, de parte de las cuales el autor escribe a las iglesias (cf. 1,4-5), y que después es enviado por Cristo glorioso (cf. 5,6). Ciertamente a nivel redaccional se da una distinción entre Dios, los siete espíritus de Dios y Cristo. Pero no hasta tal punto que los siete espíritus deban considerarse en sentido personal diferenciados del Padre y del Hijo (cf. E. SCHWEITZER, *o.c.*, 1097). Representan más bien a todas las fuerzas del mundo divino que pertenecen a Dios y están al servicio de Dios y de Cristo, incluyendo ciertamente lo que con posterioridad se considerará el Espíritu Santo como Persona divina. La expresión «los siete espíritus de Dios» representa una pneumatología más amplia y al mismo tiempo más difusa —característica del lenguaje apocalíptico— que la contenida en la expresión *to Pneuma*, vinculada al lenguaje y a la concepción profética. Que ésta sea posterior y una adición al escrito originario es una hipótesis que explicaría el cambio de lenguaje; pero no se impone necesariamente.

17. El autor apocalíptico recoge en ese pasaje fraseología de Ez 37,5.10, donde aparece el Espíritu de Dios dando vida a los huesos secos. Por eso parece insuficiente entender sin más «un aliento de vida». Es «el Espíritu de vida de Dios que asegura la victoria a la Iglesia profética» (F. CONTRERAS MOLINA, *o.c.*, 90-93).

lo escrito en ella» (1,3; 22,18), en «el que tenga oídos...» (2,7.11; etc.), en el «vosotros», es decir, aquellos a los que va dirigido el testimonio de Jesús (22,16), e incluso en «el que oiga» la petición de la Novia y del Espíritu (22,17). Es en definitiva la Iglesia en su dimensión terrestre e histórica. A ella le habla de diversos modos el Espíritu. Pero la Iglesia que pide junto con el Espíritu, diciendo «Ven», es la *nymphé*. ¿Se identifica ésta sin más con las siete iglesias y los lectores, u oyentes, a los que se dirige el Apocalipsis? Me parece que no, al menos, no del todo, atendiendo a la estructura del libro y a la terminología empleada por su autor.

En efecto, el libro ha comenzado con el mensaje de Cristo a las Iglesias en su situación histórica concreta (caps. 1-3), luego ha mostrado la victoria de Cristo, que se ha cumplido por su muerte y resurrección y que se va desarrollando en la historia sobre los poderes del Diablo y sus seguidores, a pesar de que parece que éstos se imponen con su poder político, económico y propagandístico ateo (caps. 4-19). La victoria de Cristo se va manifestando en la tierra y en la historia mediante la fidelidad, paciencia y perseverancia de los mártires y de los santos, que al morir van engrosando la Iglesia celeste¹⁸. Estos gozan ya de la presencia del Cordero y de su Padre en el cielo, les alaban incesantemente, piden la intervención del Señor para hacer justicia —pero se les dice que esperen todavía un poco, hasta que se cumpla el número—, y se les da un vestido blanco, símbolo de su participación en las bodas del Cordero (cf. 6,9; 19,7-8). Al final llega el momento de esas bodas en las que la Esposa, es decir, toda la multitud de los salvados, se viste de deslumbrante blancura (19,7-8). Tras esto, el autor del Apocalipsis ve y describe de nuevo todo el proceso de la victoria de Cristo, a la que se asocian todos lo que no adoraron a la bestia (cf. 20,4), incluyendo la manifestación gloriosa de la Iglesia como nueva Jerusalén, Novia engalanada para su Esposo (21,1-2). En su visión el autor apocalíptico ha tenido un encuentro con ese mundo celeste y ha sido ahí donde ha visto el final escatológico (cf. 21,1), y desde donde se le ha mandado a profetizar (cf. 10,11). Naturalmente todo esto está expresado en imágenes propias de la apocalíptica.

La *Nymphé* de la que habla el autor del Apocalipsis en 22,17 no es, por tanto, sino la Iglesia que él ha contemplado en su visión, una Igle-

18. Junto al Padre, al Cordero y a los siete Ángeles de las iglesias (1,16) (sobre esos ángeles como mediadores de revelación para las iglesias, cf. G. MARCATO, *Le Chiese dell'Apocalisse: storia e teologia*, Romae 1991, 13-18) están también en el ámbito celeste los veinticuatro ancianos (cf. 4,4.10; 5,6; etc.), las almas de los degollados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que dieron (cf. 6,9), los ciento cuarenta y cuatro mil salvados y una muchedumbre inmensa (cf. 7,1-17), los dos testigos-profetas (cf. 11,12), otros ciento cuarenta y cuatro mil vírgenes (cf. 14,1-5), los muertos que han muerto en el Señor (cf. 14,13), y los que han triunfado de la Bestia y de su imagen (cf. 15,1-4).

sia integrada por aquellos que ya están preparados para la bodas, es decir, los que ya han recibido el vestido blanco (cf. 6,11), o por aquella inmensa multitud formada por todos los que alcancen la salvación (cf. 19,7-8; 20,4; 21,2).

En 22,17, que forma parte del epílogo del libro, —al menos así se refleja claramente a partir de 22,8 al decir «Yo Juan fui el que vi y oí esto...»— el autor vuelve a situarse y a hablar desde la dimensión histórica terrestre, exponiendo lo que ha visto y oído en el cielo, lo que le ha dicho el ángel de parte de Jesús (22,8) y lo que dice Jesús mismo, cuya voz se confunde con la del ángel (nótese el paso redaccional entre 22,11-12), o se presenta de forma directa (22,16). En cualquier caso, a Jesús se le oye a través del escrito del apóstol porque como vimos antes al fijarnos en las cartas de los caps. 2-3, el contenido de éstas es lo que dicen Cristo el Espíritu.

2. La Iglesia-«*Nymphé*» y el Espíritu

Al decir «el Espíritu y la Novia dicen...» (22,17) comienza a hablar de nuevo el apóstol —se entiende que redaccionalmente¹⁹— y condensa en los términos *to pneuma* y *h nymphé* la personalidad de los dos que, en el mundo celeste, piden la venida del Señor, pero cuya voz es al mismo tiempo audible para quienes están aún en la esfera terrestre. Sus voces son audibles a través de la voz o del escrito del Apóstol: es la voz del Espíritu (Espíritu de profecía) que ha hablado por medio de sus cartas a la iglesias, y es la voz de la Novia, la misma Iglesia en su dimensión celeste y escatológica tal como el mismo Juan la ha contemplado en visión. El que oye esta voz queda invitado a hacerla suya, y de esta manera se identifica con el Espíritu y se adhiere a la Iglesia que se prepara para las bodas del Cordero, es decir, para su plena realización escatológica.

La unión paratáctica de los sujetos (el Espíritu y la Novia), y el hecho de que el Espíritu ocupe el primer lugar indican la preeminencia del Espíritu y que es éste el que mueve y guía a la Novia en la petición. Es el mismo Espíritu (*to Pneuma*) que habla a las iglesias y a los lectores oyentes del libro, es decir, a la Iglesia en la tierra; pero que, respecto a la Novia, a la Iglesia en su dimensión celeste, más que hablarle a

19. Que en esta frase es el propio Juan quien está hablando en forma directa parece lo más obvio, ya que el «Ven» se dirige a Jesús. Incluso entendiendo que estamos en el contexto de una asamblea litúrgica sería el mismo Juan (el lector en voz alta del libro asumiendo el papel de Juan) quien introduciría la petición del Espíritu y la Novia (cf. U. VANNI, *Liturgical dialogue as a literary form in the book of Revelation*, en «New Testament Studies» 37 [1991] 348-372). Ver ahí en cambio la voz de la asamblea resulta más problemático por la misma manera en que continúa el v. 17: «Y el que oiga, diga...».

ella proféticamente, habla al unísono y al mismo tiempo que ella. También ella deja oír su voz a la Iglesia de la tierra a través del apóstol, pues no olvidemos que Juan, en su visión, ha tenido contacto y en cierto modo se ha sentido incorporado a esa Iglesia (cf. 19,10).

A la Iglesia de los santos en el cielo el Espíritu no tiene que hablarle ya proféticamente, sino que más bien la alienta y apoya su oración pidiendo la plena realización escatológica. A quienes peregrinan en el mundo y pertenecen a las iglesias, o realizan una función en ellas, como parece deducirse del «vosotros» a quienes va dirigido de forma inmediata el libro²⁰, el Espíritu les habla primero en profecía a través del apóstol —tal es el contenido del libro en su conjunto (22,19)—, pero además les deja oír su voz fundida con la de la Iglesia en el cielo (*Nymphê*), invitándoles a que oren uniendo su voz a la del Espíritu y la Novia. Orar de esa forma es consecuencia y señal de que han aceptado la palabra profética del libro que viene del Espíritu, y, por tanto, de que participarán en la salvación (recibirán agua de vida: 22,17c). En este sentido pertenecen ya incohativamente a la Iglesia celeste, a la Novia, en la que se transformarán en el cielo tras la muerte terrena, para tomar parte en el banquete de bodas del Cordero (cf. 19,7). Por eso el Espíritu actúa ya también en la oración de los miembros peregrinantes de la Iglesia en la tierra, de manera similar a como actúa en los de la Iglesia celeste o la Novia: suscita, dirige, alimenta y hace eficaz esa oración²¹.

La petición —«Ven»— expresa ese anhelo escatológico que viven con intensidad plena los santos en el cielo unidos al Espíritu, y que el mismo Espíritu suscita y aviva en los que viven en la tierra. Estos todavía se mueven no sólo en medio de las persecuciones externas por parte de los poderes del Diablo, sino que también experimentan la tribulación interna de la falta de fervor y de amor en algunas comunidades, la realidad de una mundanización en algunos de sus miembros, e incluso la caída en la herejía (Jezabel y sus conocimientos de los misterios de

20. Cf. 22,16. Es posible que se trate de un grupo de «profetas cristianos», distintos de Juan, que también es «profeta», pero en otro sentido: él es apóstol y ha recibido la revelación de Jesucristo (1,1-2). Cf. D.E. AUNE, *The prophetic circle of John of Patmos and the exegesis of Revelation 22:16*, en «Journal for the Study of the New Testament» 37 (1989) 103-116. Que se trate de «profetas» o de miembros pertenecientes a una «escuela joánica» (cf. E. SCHÜSSLER FIORENZA, *The Quest for the Johannine School: The Apocalypse and the Fourth Gospel*, en «New Testament Studies» 23 [1976/77] 402-427), o colaboradores del apóstol, o la asamblea litúrgica que lee y escucha el libro, no cambia el tener que considerar el «vosotros» como grupo diferenciado de las iglesias.

21. La acción del Espíritu en la oración del cristiano viene asimismo señalada por san Pablo desde las perspectivas del reconocimiento de Jesús Señor (cf. 1Cor 12,3-4), y de la realidad de la filiación divina (cf. Gal 4,6). San Juan alude a esa misma acción del Espíritu en la adoración al Padre por parte de quien le conoce en verdad a través del Revelador, Cristo (Jn 4,23-24). Son perspectivas distintas de la del Apocalipsis que desarrolla la dimensión escatológica; pero que se complementan mutuamente.

Satanás) de otros²². Tienen el riesgo de desesperar o de acomodarse a este mundo perdiendo de vista el horizonte escatológico. El escuchar la voz del Espíritu a través del escrito del apóstol, y el escuchar la oración de los ya salvados, que el mismo apóstol puede transmitir por haber tenido la visión (digamos por inspiración divina) les lleva a pedir la venida del Señor. O, con otras palabras, el apóstol enseña, con la autoridad profética que le caracteriza, que el testimonio de los santos que nos han precedido mantiene viva la tensión escatológica en la Iglesia peregrina en la tierra, y que los mismos santos interceden por ella en el cielo pidiendo la Venida del Señor, y nos invitan a hacer lo mismo.

El autor del Apocalipsis quiere confirmar la esperanza escatológica en las iglesias y en los lectores de su libro. Para ello, y con la misma garantía profética con la que habla a través de toda su obra, transmite la respuesta de Cristo, que por mediación del apóstol anuncia su pronta venida (22,20a), de manera similar a como a lo largo del libro ha dado testimonio de su victoria y de su intervención a favor de las iglesias y de los santos, lectores u oyentes del libro. Ese anuncio reanima la oración llevando a pedir de nuevo, aún más esperanzadamente, la venida del Señor (22,20b)²³.

Esta venida aquí anunciada y pedida no se refiere directamente a la venida en la celebración litúrgica, o en la Eucarística, sino a la venida escatológica. Pero ciertamente es en esa celebración donde, por un lado, se aviva la esperanza, porque en ella se hace presente la voz del Espíritu y se vive la unión con la Iglesia celeste; y, por otro, se eleva de manera eficaz la oración. Por eso la Iglesia peregrinante en la tierra pronunciará esa misma plegaria en la celebración eucarística, en la que el espíritu habla a los congregados y éstos se unen a la alabanza y la plegaria de los santos en el cielo.

22. Sobre la situación de las iglesias cf. G. MARCATO, *Le Chiese dell'Apocalisse: storia e teologia*, Romae, 1991.

23. Es posible que al presentar la petición con esa forma concreta —«Ven»—, y comunicar de forma parecida la respuesta de Cristo —«Sí, vengo pronto»—, se esté contraponiendo la oración cristiana a las invocaciones mágicas que se hacían en el mundo grecorromano pidiendo la venida de dioses, como por ej. a Apolo y Paia, pues de hecho en 9,20; 21,8; 22,15 se condena a los magos (cf. D.E. AUNE, *The Apocalypse of John and Graeco-Roman revelatory magic*, en «New Testament Studies» 33 (1987) 481-501. Pero la venida de Cristo que se pide y se promete en Apocalipsis tiene un dimensión escatológica que no se encuentra en aquellas invocaciones mágicas, más bien de tipo revelatorio mántico, tal como se daban en el mundo helenístico. La petición del Espíritu y la Novia, y la correspondiente respuesta de Cristo, hunden sus raíces en la tradición de las palabras de Jesús (cf. Mc 13,24-27 y par.), y en la esperanza de la primera generación cristiana. Cf. a este respecto 1Cor 16,22 donde aparece el término arameo *Maranatha*, que puede traducirse o por «Ven, Señor», o por «El Señor ha venido». Cf. también 1Tes 5,1-3; 1Cor 15,23; Rom 13,11-12; Flp 4,5; St 5,8; 1 Pe 4,7, y en el mismo Apocalipsis en 2,25.